

## LAS QUIEBRAS DE LA HISTORIA

### En torno al último libro de Nicolas Grimaldi

Juan Arana. Universidad de Sevilla

Existe dentro de la filosofía francesa una corriente a la que los historiadores no han sabido todavía otorgar la importancia que merece. Es más que una escuela, pues se extiende a través de los siglos y se abre en direcciones que no siempre convergen. Sin embargo, es fácilmente reconocible: sus representantes siempre han hecho gala de independencia de espíritu, clarividencia y fina sensibilidad para captar las líneas maestras de los grandes problemas y profundizar en ellos sin perder un ápice de esa luminosidad que es el mejor emblema de la cultura y lengua de su patria. En los escritos de estos pensadores brilla a cada paso una sabiduría relampagueante, tanto más llamativa por cuanto saben exponer lo esencial con la máxima precisión y el mínimo dispendio de medios expresivos. Aunque las argucias de los especialistas en *marketing* y propaganda hayan conseguido ocultarla a los ojos del gran público, esta línea subsiste hoy en día, y dentro de ella Nicolas Grimaldi ocupa un lugar de singular relevancia. Profesor de la Sorbona, donde ocupó las cátedras de filosofía moderna y metafísica, ha escogido desde hace algún tiempo la soledad de los acantilados en la costa atlántica, donde para bien de la filosofía prosigue la elaboración de su obra, que en los últimos años parece haber entrado en una fase de granada plenitud, con títulos como *Le travail, communion et excommunication* (1998), *Bref traité du désenchantement* (1998), *Ambiguïtés de la liberté* (1999) y, por fin, *L'homme disloqué* (2001), todos ellos aparecidos bajo el prestigioso sello de *Presses Universitaires de France*. Ante la imposibilidad de hacer una evaluación global en el estrecho marco de estas líneas, voy a conformarme con comentar el último. Basta con abrir este librito de apenas cien páginas para quedar prendido en un torbellino de consideraciones tan originales y sugerentes, que difícilmente podrá el lector abandonar la lectura hasta su conclusión. Examina y hace el balance del estado de la cultura en los albores de nuevo milenio, pero su análisis no remite a una noción abstracta de cultura, hispostasiada en un dudoso olimpo de ideas, de acuerdo con la inveterada mala costumbre de tantos filósofos. El discurso de Grimaldi se ciñe a la realidad más palpitante, habla de una cultura que es patrimonio de hombres de carne y hueso, que vive en ellos y también puede morir, enterrada bajo el polvo del olvido, si no consiguieran éstos transmitirla a quienes han de sucederles. Define la idea como «la experiencia interior que cada hombre hace de su humanidad» (p. 28), y precisamente por habitar en la intimidad de cada cual necesita una y otra vez exteriorizarse y volverse a interiorizar, en un proceso doble que acumula fragilidad sobre fragilidad y problematiza la pervivencia de cualquier tradición. Llegado el momento de pasar tan temblorosa llama, cada generación se siente desalentada ante lo que siente como una imposibilidad, y piensa que debe resignarse al término de la historia y la civilización. Es el complejo de los que temen que con ellos desaparecerán todas las conquistas valiosas

de la humanidad y se ven a sí mismos como los últimos descendientes de la estirpe de Adán. Se sienten progenitores de algo que, en todo caso, será cabeza de una nueva especie que nada significativo compartirá con la que le precedió. El profesor Grimaldi señala que esta es una «queja inmemorial», tesis que ilustra con escogidos ejemplos tomados de la literatura, el pensamiento y el arte. El fenómeno se explica en parte por un efecto de perspectiva: son tan lacerantes las grietas que surgen en las relaciones con nuestros hijos, que tendemos a pensar que no tienen nada que ver con las que nos apartaron de nuestros padres, y a ellos de los suyos. Pero también hay una razón más profunda, veraz y dramática, que radica en la hechura misma de la temporalidad: «El tiempo, como la vida, consiste pues en esta incesante y oscura subversión del presente por el porvenir sin que podamos saber a ciencia cierta que se construye o se destruye.» (p. 9). Todos los maestros han tenido la experiencia de comprobar que lo que han transmitido a sus discípulos no es precisamente lo que más valoraban y querían. Y es que siempre somos actores de la historia, pero nunca protagonistas.

Hay, no obstante, un motivo aún más profundo y determinante, que deriva de nuestra misma esencia, de una dinámica intrínseca al espíritu: «En efecto, lo propio del espíritu es su negatividad. Sólo se siente en el desacuerdo, la inquietud, la disidencia y la insumisión. La interioridad del espíritu siempre se siente rechazada y como repudiada por la exterioridad de lo real. Por ello, todas las figuras del espíritu son otras tantas formas de ab-negación. El ejercicio más ordinario y originario de esta abnegación fue la perseverancia y la aplicación para transformar lo real y conformarlo a sus expectativas. Así es como, contra su inercia, contra todo lo que es natural y espontáneo en él, se fuerza a trabajar. El trabajo siempre es tanto menos espiritual cuanto más natural, y es natural en la medida en que satisface necesidades.» (p. 10). El rechazo de lo que recibimos de nuestros mayores es la premisa de la negación de nosotros mismos; nos sentimos incómodos con la herencia que nos han legado porque tampoco sabemos conformarnos con nuestros logros. Hay dentro del hombre resortes que le condenan a la perpetua búsqueda de tesoros que, ya en sus manos, se convierten en aborrecibles. Europa es el ámbito donde de modo más pleno y patético se ha manifestado esta constante: «Marchando hacia el infinito y no llegando jamás, la conciencia europea debía pues identificarse con una tarea que siempre proseguiría y no acabaría jamás. Su fin es el horizonte. Su condición, el trabajo. Su destino, el fracaso.» (p. 11) Según esto, estamos abocados a ver abrirse ante nosotros el abismo que engullirá la historia. Es un abismo que ya acechó a cuantos nos precedieron y seguirá haciéndolo a los que nos sigan: «Como esta crisis es coextensiva al espíritu europeo, siempre está presente. De hecho, sintiéndola siempre como nueva, cada generación cree vivir una crisis nueva. Como hay una ilusión retrospectiva que espacializa y unifica el pasado trasmutando las sustituciones en sucesiones y la sucesiones en simples contigüidades, hay una ilusión de proximidad que persuade siempre al presente de ser tan diferente de su pasado inmediato como si un sésimo hubiera fracturado el tiempo y ya no hubiese continuidad. Es la ontología del hiato.» (p. 13).

De acuerdo con esta «ontología del hiato», lo paradójico es que, a pesar de todo, hay o haya habido una continuidad, ya que la ruptura constituye la forma propia de cada uno de los eslabones de la historia. El coste de recrear interioridades es la negación de las exterioridades que las enlazan. Al sacar de mis entrañas los bienes que quiero donar a mi hijo, no puedo comprender que sólo convirtiéndolos en estiércol conseguirá él un

terreno propicio para enraizarse y generar su propia intimidad. El devenir del hombre como especie pende de esta dialéctica, en la que continuidad y discontinuidad, interioridad y exterioridad, espíritu y materia, inteligencia y razón, necesidad y libertad, mediación e inmediatez, objetividad y subjetividad, se oponen irreconciliables al tiempo que recíprocamente dependientes. El profesor Grimaldi examina, con el rigor del analista y la soltura del constructor de síntesis, todas estas contraposiciones que, por no haber sino mantenidas en su justa distancia y necesaria exterioridad, han terminado por dislocar nuestra existencia: «El hombre contemporáneo queda así metafísicamente dislocado: es un sujeto lógico que se representa epistemológicamente como un objeto, y un objeto científico que se rebela contra su propio estatuto lógico y reivindica la espontaneidad libertaria y disidente de su irreductible espontaneidad.» (p. 31) «Expuesto a todas las mediaciones y no aspirando más que a lo inmediato, no siguiendo ninguna regla, pero aplicándolas todas, calculando todas las cosas y abandonándose a las más incontroladas, he aquí al hombre dislocado.» (p. 83). La descripción de este hombre *dislocado* —el más acabado producto de la cultura actual y el más verosímil anuncio de lo que espera a nuestra especie—, da pie a un torvo diagnóstico (pp. 97-98) que por mi parte rechazaría con alivio, si no estuviera persuadido de su más que plausible justicia. Y es que, en cierto sentido, puede que sea verdad que estamos ante un final de la historia, un final que no es feliz ni tampoco tiene la grandeza de lo trágico, sino tan sólo supone la frustración de un aborto. Las certeras observaciones del profesor Grimaldi sugieren algo así como una artificiosa y forzada fusión de las dualidades que forman la trama de la existencia humana, en otros tantos monismos incapaces de homogenizar las heterogeneidades que niegan. Una existencia que anteriormente se veía polarizada por la fecunda tensión de factores contrapuestos, ha sido suplantada por un ser empobrecido que sigue negando, sólo que ahora se niega a sí mismo, devora sin posibilidad de saciarse la oquedad que ocupa el lugar de sus pasadas grandezas. La negación en todo caso queda, porque es consustancial al ser de quien la ejerce: «Permítasenos la siguiente licencia léxica: en adelante llamaremos espíritu a este deseo, esta aspiración, este impulso, esta exigencia, que nos arranca de toda finitud y nos hace trascender toda naturalidad. Ya se lo caracterice como nostalgia de la eternidad, voluntad de infinito o deseo de absoluto, absolutamente irreductible a nada objetivo o natural, el espíritu es lo que hace al hombre un ser metafísico.» (pp. 32-33). Aunque expropiemos al espíritu el último rastro interioridad para desarrollar esta insobornable vocación, no evitaremos que de todos modos ejerza su función superadora: tan sólo lo exponremos, en la intemperie de la exterioridad a la que le hemos arrojado, a ser él mismo objeto de sus rechazos y abandonos. En nihilismo aparece entonces como fruto natural de un espíritu que sólo se reconoce como materia —como lo que no es— de una razón —vertida por naturaleza hacia lo incondicionado— que se quiere autorreducir a mera inteligencia —facultad de las reglas que rigen lo condicionado—, de una voluntad de inmediatez que sólo sabe querer en y a través de toda clase de mediaciones. Es un camino que ya recorrieron con trágica lucidez las vanguardias estéticas. Lo que siempre fue puro dinamismo, degeneró en inercia estática después de haber descargado sobre sí toda su infinita ansia de trascendencia: «No estando ya movilizado por ninguna expectativa, exigencia o sentido, el espíritu está como sacudido de estupor. No es ya dueño se sí. Habiendo negado todo, repudiado todo, recusado todo, helo aquí

incapaz de rechazar nada más. En un espasmo, su furor de libertad le ha quitado toda libertad.» (p. 51).

Consciente de la gravedad del mal que denuncia, el profesor Grimaldi no condesciende a trivializarlo con tácticas esperanzadas o mágicas promesas de redención. Pero, a despecho de su pesimismo, el ejemplo que ofrece de gallarda defensa de la racionalidad –purgada de pasados abusos y adulteraciones– es la mejor promesa de que la historia del hombre no sucumbirá definitivamente a los males que la atenazan.

\* \* \*

Juan Arana  
Departamento de Filosofía y Lógica  
Camilo José Cela, s.n. 41018 Sevilla  
jarana@us.es